

En el anterior número de AN-CORA nuestro redactor Jefe escribía al comentar los festejos celebrados por el Grupo del Espectáculo: «Entre otros diversos actos de carácter popular... destacó la sesión de cine infantil... con gran alegría por parte de la juvenil concurrencia... Este humilde redactor, con su permiso, añadiría a continuación... «y de muchas personas mayores» porque en nuestra ciudad no se ven muy a menudo cintas cinematográficas llenas de encantadora ingenuidad ni dibujos que nos inciten a reír. Se van prodigando en demasía los argumentos torturantes, las infidelidades matrimoniales, los complejos de inferioridad, las hazañas de los fuera de la ley, los horrores de espionaje y de la guerra... y en cambio se manifiesta una gran crisis de humoristas.

Cuando la vida nos sonreía más a todos, teníamos a Charlot, a Jaimito, a Harold, a Max Linder, a Bocazas, etc. etc.... los cuales nos hacían soltar saludables carcajadas los domingos con sus disparates. Hoy, que necesitamos más que nunca distender espontáneamente la comisura de los labios, escasean las cintas de humor. Para suplir a los grandes artistas del humorismo, se han ideado los dibujos pero creemos que deben andar muy escasos o muy caros cuando apenas los conocemos en San Feliu.

La risa es un atributo exclusivamente humano porque la naturaleza no ha dotado a ninguna otra criatura de la facultad de reunir en su rostro tal conjunto de gestos. Aflora en nuestros labios cuando la alegría invade el corazón o cuando súbitamente nos encontramos ante situaciones cómicas ó ridículas inesperadas. Estamos atravesando una época en que sólo se permiten el lujo de disfrutar cotidianamente de lo primero, los jóvenes, los estraperlistas y los irresponsables. El que sin estar comprendido en uno de los grupos citados se siente ordinariamente jovial, es un héroe. Los demás mortales necesitamos que nos provoquen la risa. Y digo «necesitamos» porque verdaderamente la risa es una ne-

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 9 DE FEBRERO DE 1950

¡AQUI, MARTE!

7 DIAS

Ahora resulta que en Marte poseen una bomba superatómica. Los yanquis observan atentamente el citado planeta por si descubren el secreto de las explosiones que parecen haber tenido lugar en él, y que han motivado, entre otras cosas, interferencias raras en los aparatos de radio de la ciudad albaceteña de Almansa, cuyos vecinos aseguran haber captado mensajes en una lengua incomprendible y misteriosa.

No niego que puede tratarse de un idioma marciano, pero a lo mejor es la retransmisión de un congreso neoesperantista, o una bromita de mi amigo M., que tiene muy buen humor y una emisora particular. Los vecinos de Almansa, empero, han sentido nacer un afán exquisito por la astronomía y en fuerza de escudriñar el cielo han llegado a descubrir en él fugaces luminarias nocturnas y qué sé yo....

Bueno, hombre, bueno. Ya sería hora de dejar a Marte en paz. Cuando hace medio siglo se trazó el primer mapa de los pretendidos canales de Marte, imagináronse mil y una teorías acerca de la vida en dicho astro. De entonces acá, y en el terreno de la más sesuda erudición, vienen hablándonos del mundo marciano. El popular dibujante Alex Raymond ilustró un viaje a dicho planeta protagonizado por Flash Gordon. Nuestra imaginación juvenil recogió, ávida, los extraños trajes y la técnica industrial creados por su fantasía.

Cuando Orson Welles no era aún el niño terrible de Hollivood estrenó el célebre guión radiofónico «Marte ataca a la Tierra», cuya retransmisión, no anunciada previamente, ha sembrado

cesidad. Claro está que no me refiero a la risita de conejo ni a la sonrisa que guardamos para saludar ceremoniosamente a la honorable Sra. de López ó de Pérez;

cuatro veces el terror en las ciudades donde se dió. Los marcianos se apoderan por sorpresa de la emisora. Habla el presidente de la nación exhortando a la calma: se dan órdenes de movilización. Cunde el desconcierto. Los generales marcianos lanzan tajantes consignas por el micrófono. Se oyen sirenas, aviones, tiros, «rayos de la muerte». Una *barrila*, en fin. Pero en Santiago de Chile la gente se echó a la calle creyendo que iba de veras, y en San Francisco por poco no se produjo otro terremoto.

Sería tentador conocer algo de Marte. Por ahora no podemos hacer más que soñar. No sabemos tan sólo si tiene habitantes o no. Ningún contacto hemos tenido con ellos. Y toda suposición acerca de su civilización y aun de la morfología de su cuerpo es gratuita. Nada nos autoriza, tampoco, a suponerles inmersos en un ciclo histórico, es decir vital, idéntico al de nuestro planeta. ¿Pueden tener un alma semejante a la nuestra? ¿Tienen un único ojo en la frente, cual nuevos Políferos? ¿Juegan a las quinielas? ¿Son sus mujeres hermosas? ¿Fuman tabaco (!) como nosotros? ¿Practican la poligamia y la poliandria, y calibran el buen estado de sus carreteras por el de sus posaderas, como por acá abajo?

Nada sabemos, señores. Hay que abrir las tragaderas y hacer lo que con la Serpiente, de mar, que desde los tiempos de Marco Polo ha aparecido en el Skagger Rack, en el Tiberiades y en Bañolas... Creer en ella sin haberla visto.

Que los marcianos tuvieran la superbomba e invadieran la Tierra —paradoja cósmica— tal vez fuera el único medio de acabar con la guerra fría que tan acaloradamente nos estamos haciendo.

aludo a la sencilla carcajada que sale del fondo de nuestro corazón para celebrar algo que nos ha complacido de verdad. Esta risa

(Termina en la página siguiente)

“L'hereu i la forastera”

Una obra de Sagarra es, hoy por hoy, el plato fuerte de nuestro teatro: «L'hereu i la forastera», que ha venido a reemplazar en la devoción del público, a «El prestigi dels morts». «L'hereu i la Forastera» tiene un punto de arranque tanto o más convencional que «El prestigi», pero su desarrollo es más mesurado, más sentido también, y la obra, a mi entender, está mejor escrita. Tiene tanto arraigo en lo popular como exquisita depuración del léxico. Tendencia excelente, que ha sido llevada a sus más felices y peligrosos extremos por Salvador Espriu («Primera historia d'Esther» y «Les cançons d'Adriadna»).

Sigo creyendo que lo mejor de Sagarra, en teatro, es «Galatea»: pero esta no es obra para todos los públicos, por su tributo a la moda sartriana, al menos en lo sardónico de su conceptismo... aunque dé en el clavo las más de las veces.

En «L'hereu i la forastera» los procedimientos son simples, el devenir de la obra fluido y los momentos *duros* dispuestos con singular pericia, todo ello servido en bandeja de perfecto lenguaje, armonioso e incisivo a la vez, a través de un diálogo que no deja nada en el aire. Le oí referir una vez al propio Sagarra sus luchas consigo mismo en busca de esa concisión en el diálogo, que es la mayor conquista del teatro moderno. Ahora parece haber alcanzado la meta por la que suspirara; al menos tiene suspenso al público de los labios de sus criaturas de ficción.

La interpretación del equipo del Romea es ideal para la obra, con Pablo Carsaball al frente, el mejor de los nuevos valores de nuestra escena. Paquita Ferrandi, Emilia Baró y Pedro Gil completan el cuarteto de vanguardia, a los que hay que añadir el acabado tipo romántico del «Bandoler de Rupriá» que interpreta Ramón Durán. Todos ellos, además, dicen el texto con corrección suma, eliminando sonsonetes y acentos postizos, fenómeno que, como hecho colectivo, se produce por vez primera en el Teatro Catalán profesional, y que es justo señalar.

Para la obra dibujó figurines y decorados Alejandro Cirici, el destacado crítico de arte. Son un acierto definitivo. Bienvenidos sean, pues. «L'hereu i la forastera».

J. VALLVERDÚ A.